

Presentación del Proyecto Santuario de La Hoyada – Salomón Lerner Febres
11 de agosto del 2014

Les pido disculpas por salirme del protocolo de esta ceremonia y expresar, en primer lugar, mi saludo a la señora Adelina García, presidenta de la ANFASEP, a la señora Angélica Mendoza, fundadora y primera presidenta de esta asociación, y a todas las mujeres, madres integrantes de la ANFASEP; a la madre Covadonga, quienes han bregado durante los últimos treinta años en defensa de sus seres queridos; a los representantes de la CORAVIP y a todas las organizaciones de víctimas; ellos dan sentido a este acto, ellos nos convocan hoy para un espacio de dignificación y memoria.

Expreso ahora sí mi saludo al ministro de Justicia y Derechos Humanos, Daniel Figallo Rivadeneyra; al defensor del Pueblo (e) Eduardo Vega Luna; a los señores vice ministros de Justicia y Agricultura; al presidente Regional de Ayacucho, Efraín Pillaca Esquivel, al arzobispo de Ayacucho, monseñor Salvador Piñeiro, a los representantes del Movimiento de Derechos Humanos de Ayacucho, a todos los amigos y personas que nos acompañan.

Señoras y señores:

Nos encontramos hoy, en la ciudad de Ayacucho, por una razón verdaderamente especial. Esta mañana, el Poder Ejecutivo hace entrega del terreno conocido como “La Hoyada”, para la próxima edificación de un Santuario que recuerde a las víctimas del conflicto armado interno que padeciera nuestro país. Se trata, sin duda alguna, de un gesto que constituye el inicio de una reparación simbólica para un conjunto de ciudadanos que ha sufrido un importante daño en el periodo de violencia más duro que haya vivido nuestra patria durante su vida independiente.

Es un gran honor para mí el asistir a este acto pues él responde a un anhelo largamente esperado por muchos peruanos, en particular por la comunidad ayacuchana. Es por este último motivo que desearía dirigir principalmente lo que vaya a decir a este pueblo generoso y doliente y dentro de él, de modo particular a la mujer ayacuchana representada con tanta dignidad por las integrantes de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú - ANFASEP.

La historia de la ANFASEP es un hermoso y al mismo tiempo doloroso ejemplo del difícil camino que han debido transitar muchos de los familiares de las víctimas de la tragedia que padecemos. Desde hace más de tres décadas, las madres y mujeres de ANFASEP dedicaron tiempo, esfuerzos, y sobre todo compromiso espiritual, para no solo a denunciar las graves violaciones cometidas en estos parajes sino también para exigir el reconocimiento debido de sus derechos más elementales. Ellas no sólo formulaban una proclama de Justicia y Reparación con ocasión de los daños que habían experimentado sino que, con voz silenciada, clamaban para que todos en el Perú nos identificáramos con una historia en común, historia que, ya desde antiguo, registra discriminación, injusticia y hasta desprecio.

Hasta hace algunos años, visitar Ayacucho era discurrir por sus hermosos parajes paisajes, encontrarse con las múltiples e intensas huellas del pasado peruano anterior a la Conquista española, percibir en su arquitectura fervorosa religión y evocar en sus campos un episodio crucial de lo que fue la epopeya de nuestra independencia.

Hoy no deja de ser cierto que este lugar, en el centro de los Andes, conserva su vigorosa belleza y su particular densidad histórica. Pero también sabemos que es ardiente símbolo de una tragedia peruana que, desafortunadamente, parece no haber cesado.

Varios años han sucedido ya desde que finalizó el atroz periodo de la violencia irracional que tomó la vida de más de 69 mil compatriotas. Tanto tiempo transcurrido debería haber sido suficiente para que los peruanos comprendamos la dimensión de nuestros errores, la extensión del racismo que nutrió la violencia, la irresponsabilidad del silencio que se convirtió en raíz de la injusticia. Sin embargo, nos toca comprobar y denunciar que, a más de catorce años del fin del conflicto armado y a once años de entregado el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, son pocos los pasos que han sido dados para remediar el daño cometido. El silenciamiento, la indiferencia y la mendacidad han corroído dos de las más grandes capacidades que poseemos los humanos como son la Razón y la Empatía. El racismo, con sus miles de caras, sigue latente entre nosotros; el desprecio por las leyes fundamentales de convivencia democráticas es todavía moneda corriente en la vida pública y el abuso de quien tiene más poder parece seguir siendo una forma común dentro del actuar cotidiano.

Como lo señaló en su momento la CVR, el país en su conjunto padeció la violencia y sufrió sus consecuencias. Recordémoslo bien: durante ese tiempo los principios básicos de convivencia humana fueron quebrantados. Sendero Luminoso, y acompañándolo el MRTA, iniciaron una guerra absurda contra el Estado y la Sociedad del Perú y con demencia trataron de disfrazar vanamente sus actos, absolutamente condenables de barbarie, detrás de ideologías que prostituían las nociones de Bien, Justicia y Libertad. Ellos hicieron de la política guerra y cometieron así actos criminales, horrendos e inaceptables. De otra parte, hemos de convenir, con pesar y con vergüenza, que en ciertos lugares y ocasiones nuestro Estado y nuestras fuerzas del orden que existen, justamente, para protegernos incumplieron su deber, se contagiaron del virus de la violencia, confundieron medios con fines y atropellaron también los derechos fundamentales del ser humano.

El conflicto ocasionó la ruptura de una serie de vínculos entre los peruanos y ello tanto en el ámbito personal cuanto social. Relaciones familiares, intracomunales e intercomunales fueron rotas. Se pervirtió la relación con el entorno; fueron el miedo y la ira los sentimientos supremos y así nos degradamos como país. Es de ese modo como se mezclaron las lógicas de los actores armados con las de los diversos procesos de disidencia que se hallaban latentes en el cuerpo social y todo eso fue acompañado de muy viejos y desgraciados hábitos de exclusión y marginación en donde la peor parte, claro está, fue sufrida por los más pobres, los menos blancos, los más vinculados al trabajo del campo, los que no manifestaran un lenguaje castizo, en suma por los in-significantes.

Finalizadas las acciones violentas el reconocimiento de las inocultables corrupciones de la sociedad peruana pudo convertirse en una oportunidad para enmendar errores y así reparar las fisuras de nuestra nación. Sin embargo resulta muy claro que muchas vallas fueron impuestas para dificultar ese camino, vallas que poca relación tuvieran con la búsqueda de justicia y que más bien se colocaban con el interés de ocultar los crímenes del pasado.

Por estos motivos, hoy que se presenta el proyecto del Santuario de La Hoyada, corresponde admirar el avance que esto representa. Un lugar que hasta hace poco era emblema de infamia y de horror se transformará en sitio consagrado a la memoria y al a búsqueda de la reconciliación.

Este homenaje a los que padecieron innumerales injusticias supone un intento de reparar un daño ciertamente irreparable. Pero no es, como algunos insisten en sostener, un reconocimiento infecundo, que propicia el resentimiento y la

venganza. Por el contrario, la memoria es una urgencia del espíritu que abre el camino a la reconciliación. Cuando se ha perdido aquello que es sagrado y que no se puede devolver, como es una vida humana, la memoria se convierte en un ejercicio de la conciencia que busca un sentido en el pasado a fin de retomar de modo más sabio la marcha hacia el futuro. Como escribió el gran poeta peruano Alejandro Romualdo, “Se encontró lo perdido, se continúa el camino / con otras huellas que no se arrastran ni huyen”.

Que el Estado peruano haya accedido a construir un lugar de memoria en un espacio que está asociado con la indignidad, con el tormento, con el ultraje, con la abyección, en fin, con el horror, significa adelantar un paso de gran valor para, de tal suerte, emprender la marcha hacia la reconciliación. Se trata entonces de adentrarnos por un camino que hemos abandonado en buena medida por temor a descubrir el corazón de las tinieblas de nuestra historia pero quizás también porque, de pronto, aún sostenemos en nuestra sociedad la falacia de que unos seres humanos valen más que otros.

Frente a tal posibilidad un discernimiento moral integro, dispuesto a considerar por igual todas las vidas y todas las muertes y a recordar que ningún ser humano vale menos que otro se mutara en una conciencia menos acongojante que otra nos ayudará a madurar y nos invitará a tomar el sufrimiento ajeno como propio, y a entender que las ausencias causadas por la violencia son un hecho intolerable e irreparable ya que a la desaparición se le ha agregado la carencia de una respuesta por la muerte y la imposibilidad de honrar los despojos de un cuerpo al cual se le pueda velar y enterrar con esperanza y fe. Es tiempo ya que nos percatemos que el no saber la verdad sobre el destino de una persona querido es uno de los mayores dolores que los seres humanos podemos padecer; es tiempo ya de aceptar lo evidente: que el espacio no ocupado, el vacío y la imposibilidad de contar con un sentido para los hechos ocurridos con un asomo de respuesta a las preguntas que cada día nos ofrece, constituye un agravio atroz contra la identidad de una familia.

Muchas veces se afirma que hay experiencias que el lenguaje no puede abarcar, que las palabras no pueden referir. Se proclama entonces que el silencio es mejor que el decir. Pero, honrando la verdad, debemos reconocer que con frecuencia el silencio es más bien un procedimiento inhumano, un gesto de infame desprecio frente al cual espacios como el proyecto que hoy se presenta se erigen como entidades morales que no cesarán de interpelarnos con las mismas preguntas: ¿qué ha sido de nuestros hermanos desaparecidos? ¿Qué abismos del alma humana podrían explicar el horror experimentado?

Un sitio de memoria se propone no solamente luchar contra el olvido de los hechos sino también el impedir que dejemos de atender estas y otras preguntas. Tal vez nunca tengamos las respuestas completas, tal vez buena parte de la historia se mantenga desconocida. Lo importante, a pesar de ello, es que aceptemos la memoria como un elemento de nuestra identidad, que la asumamos no como carga, sino como acicate para la reflexión moral garantizando, de algún modo, que en el futuro no se volverá a repetir el círculo deshonroso de la violencia.

Pero esta ceremonia no tendría sentido, sino se abordan las medidas necesarias capaces de culminar el proceso; ahora se construirá el cerco perimétrico ello será poco consistente si es que no se resuelve el tema de los linderos de este sitio sagrado; linderos que se han transgredido en el pasado y que siguen siendo forzados or personas insensibles que con desprecio ofenden y vejan a los familiares de las víctimas. ¿Cómo se explica que mientras estamos aquí en un acto tan importante y significativo una retro excavadora se encuentre a pocos metros, removiendo la tierra que alberga los restos de muchos desaparecidos? Eso constituye una afrenta a la dignidad, una falta de respeto a la memoria de las víctimas de la violencia y un gesto de desprecio a las categorías de la moral y el derecho. Ojalá el ministerio de justicia, con sus altos funcionarios aquí presentes, y las autoridades regionales, tomen las medidas necesarias para resolver situaciones como esta y brinden su apoyo para que ni el clima variable, ni la geografía, ni la mezquindad de unos pocos retrasen la culminación de esta obra.

Señor Ministro de Justicia, señores autoridades nacionales, regionales y locales:

Al compartir este momento especial en el que se presenta el Proyecto del Santuario de La Hoyada deseo, públicamente agradecer y celebrar en nombre de los que, hace ya trece años, formamos parte de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y me arriesgaría a decir que también en nombre de muchísimos peruanos, la decisión acordada por el Supremo Gobierno quien, de este modo, brinda vida a una política pública que busca realmente fomentar la Inclusión y la Justicia. Lo que hoy ocurre no significa otra cosa que la escucha y el reconocimiento de las múltiples voces, por mucho tiempo apagadas, que claman por verdad y justicia.

En tal sentido, esperamos que los acuerdos tomados en la Tercera Mesa Temática Ampliada de la Hoyada realizada en Lima y en la que se estableció un saludable consenso entre el Estado y los miembros de la sociedad civil sobre el

Proyecto del Santuario, permitan un rápido e inteligente avance para hacer plena realidad esta iniciativa. Felicitamos la creación del Comité Pro Santuario. Confiamos en la vigilante labor de la Defensoría del Pueblo y del Movimiento Ciudadano por los Derechos Humanos de Ayacucho y, claro está, nos alegramos con las Mamachas de ANFASEP por que, finalmente, sus ruegos están siendo atendidos.

Estamos ciertos de que esta iniciativa se constituirá en un ejemplo nacional que sirva para orientar a todos los compatriotas acerca del deber ético y comunitario que nos obliga a recordar y reflexionar con inteligencia, compasión y ánimo de cambio sobre nuestra historia: tanto en sus momentos de gloria como también, y por desgracia, en los episodios en los cuales estuvimos cercados por la barbarie. Solo así, con la presencia y la voz de una Memoria como la que vivirá en La Hoyada, lejos de desaparecer los signos de nuestra identidad en las tinieblas del olvido, oiremos con serenidad las razones por las cuales debemos vivir en paz y penetrados de un ánimo solidario para, de tal modo, alcanzar el mérito y la bendición de ser auténticamente peruanos.

Gracias.

SALOMÓN LERNER FEBRES
Rector Emérito
Pontificia Universidad Católica Del Perú

Ayacucho, 11 de Agosto 2014.